

Pasión, muerte y glorificación de José Antonio Primo de Rivera*

Zira Box

Durante la madrugada del 19 al 20 de noviembre de 1936, ocho meses después de su detención y primer encarcelamiento en la cárcel Modelo de Madrid, era fusilado en Alicante, cumpliendo su condena a muerte, José Antonio Primo de Rivera. El líder de Falange moría en el patio de la cárcel sereno y sonriente, según informó un testigo presencial a su hermano Miguel, con palabras de alivio para los otros cuatro condenados, dos falangistas y dos requetés: “¡ánimo! Esto es cuestión de un minuto”, dijo a sus compañeros sacando el crucifijo que siempre llevaba en el bolsillo. Lo besó con unción ante los fusiles ya preparados y gritó con fuerza ¡Arriba España!; a continuación, cayó muerto ante la metralleta republicana¹. A partir de aquel momento, en el efervescente contexto de la guerra civil y durante la inmediata posguerra, se iba a producir, gracias a las plumas y la decisión de Falange, el proceso de mitificación del líder falangista, convertido en el mártir por excelencia de la causa nacional que había derramado su sangre para que la Nueva España fuera posible, y su posterior glorificación a través del recuerdo y conmemoración de su muerte que culminaría con la apoteosis funeral del traslado de sus restos mortales desde Alicante hasta El Escorial al cumplirse el tercer aniversario de su muerte².

Tanto el proceso mitificador por el que aquel gran mártir de la Patria quedaría convertido en la moderna reiteración arquetípica del drama vivido por Cristo en su crucifixión³, como su posterior glorificación a través de la ceremonia de su multitudinario entierro, constituyeron un notable ejemplo del intento

* Una primera versión más larga de este texto fue presentada en el seminario de Historia Contemporánea del Instituto Universitario Ortega y Gasset. Agradezco a su comentarista, Santos Juliá, y al resto de los asistentes al seminario (así como a Gonzalo Álvarez Chillida) sus generosas críticas y sugerencias.

¹ ANTIGÜEDAD, Alfredo R, *José Antonio en la cárcel de Alicante. Un gran reportaje con Miguel Primo de Rivera*, Madrid, Imprenta Ernesto Jiménez, 1938, p. 61.

² Decreto del 9-XI-1939, publicado en el *Boletín Oficial del Estado* (BOE) el 17-XI-1939.

³ El concepto de “arquetipo de repetición” ha sido desarrollado por Mircea Eliade. Para Eliade, todo ritual tendría un modelo divino, un arquetipo que actuaría como modelo de acción ejemplar para los hombres. Gracias a la repetición de las acciones realizadas por los arquetipos, el mundo se re-crea continuamente y la acción se desarrolla en el ámbito de lo sagrado. Como afirma Eliade, la mitificación de determinados acontecimientos históricos y de determinados personajes es lo que permite que éstos adquieran verdadera significación para una colectividad y que puedan permanecer tiempo ilimitado en la memoria colectiva de una sociedad. Ver ELIADE, Mircea, *El mito del eterno retorno*, Madrid, Alianza, 2000. Para la repetición o reiteración de arquetipos bíblicos en las modernas religiones seculares, se puede ver BELLAH, Robert N., “Civil Religion in America”, en *Daedalus*, vol. 96, nº 1, 1967. Para un análisis de cómo las religiones políticas toman elementos propios de la tradición judeocristiana y de la visión histórica bíblica, se puede ver KOENKER, Ernest, *Secular salvations. The rites and symbols of Political Religions*, Philadelphia, Fortress Press, 1965.

falangista de construir una religión política en España erigida en torno a la sacralización de la nación que, después de tantos años de caída nacional, resurgía de sus propias cenizas tras la Victoria en la guerra. Pero no sólo eso. El desarrollo de aquel gran ritual en el que los restos mortales de José Antonio recorrieron a hombros de delegaciones falangistas y miembros del ejército media España, también evidenció la imposibilidad de afianzar en la dictadura española un proyecto moderno y secular de religión política nacionalista articulada en torno a un fuerte partido único, un férreo Estado totalitario y una nación deificada al estilo de la Italia de Mussolini o de la Alemania de Hitler.

Lo que iba a latir de fondo en aquella gran dramaturgia político-religiosa del proceso de mitificación y posterior entierro del fundador de la Falange es la tensión interna por la definición de la nación y del Estado y por el control de la liturgia vivida entre el sector falangista y las jerarquías de la Iglesia. Tal y como ha señalado pormenorizadamente Ismael Saz, los dos grandes proyectos ideológicos que confluyeron en el mismo marco político del franquismo —el nacionalcatólico, con orígenes en Menéndez Pelayo y reactualizaciones a través de *Acción Española*, y el falangista— iban chocar, durante los primeros momentos del régimen, en función de determinadas incompatibilidades ideológicas y de similares aspiraciones por la ocupación de los espacios y de las conciencias⁴. El primero era un proyecto contrarrevolucionario y tradicional, profundamente católico y anclado en la nueva “edad de oro” que se imponía en la España victoriosa recuperando las esencias del siglo XVI español. El segundo, aunque antiliberal y antidemocrático como el anterior e igualmente católico (especialmente a raíz de la unificación con los tradicionalistas en 1937), era un proyecto eminentemente moderno y revolucionario, imperial y proyectivo hacia el futuro⁵.

En última instancia, subyacía entre ambos un punto de desencuentro tan profundo como era la irreconciliable oposición entre un proyecto de politización de la religión tradicional católica postulado por la Iglesia y una idea de religión política secular articulada en torno a la sacralización de la nación española, aquella nación resurgida de sus cenizas y proyectada hacia el futuro a través del “mito de la revolución permanente, nacional y social” abanderado por Falange⁶. Dos extremos de la vieja y longeva relación entre política y religión que representaban, en el primer caso, la entrada de la institución eclesiástica, de sus jerarquías y de su doctrina tradicional en el campo de la política prestos a ocupar y a detentar puestos propios en el ejercicio del poder con miras a la creación de un Estado en el que la religión ocupara un lugar de excepción; en el segundo, la apoteosis de la nación y del Estado erigidas como entidades supremas y deificadas al estilo de los fascismos europeos. Una aspiración de crear un Estado fuerte, independiente y totalitario que articulase a la nación unida y resurgida inaugurando el nuevo futuro que la historia le brindaba con la Victoria⁷. Entre un extremo y otro, se situaría la particular

⁴ SAZ, Ismael, *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003, p. 217.

⁵ *Ibid.*, p. 53.

⁶ *Ibidem*.

⁷ La sacralización de la política, tal y como la define Emilio Gentile, sería “la formación de

síntesis franquista, ese complejo juego de equilibrios del Caudillo haciendo ejercicios malabares entre sus dispares y heterogéneas familias y sus distintos y desiguales proyectos ideológicos.

A través del ejemplo del proceso de mitificación y glorificación de José Antonio que se llevó a cabo durante los años inmediatamente posteriores a su fusilamiento y que culminó en la gran ceremonia ritual del traslado de sus restos mortales, el objetivo de estas páginas es analizar la idea de religión política secular subyacente en el proyecto ideológico de Falange y la imposibilidad de desarrollarla por completo ante la implacable presencia de la Iglesia. Lejos de pretender abarcar con exhaustividad el pulso interno entre estas dos fuerzas mayores del incipiente régimen franquista o de estudiar en profundidad las tensiones surgidas entre ambos pilares de la dictadura, la intención de estas páginas es apuntar, a través del estudio del desarrollo de una de las grandes fiestas falangistas en la que el Partido enterraba a su líder y fundador y en la que se conmemoraba el sacrificio de su sangre vertida para que la Nueva España hubiera sido posible, el imposible logro de desbancar –al menos en un grado suficientemente significativo– al aparato eclesiástico del espacio público y de arrebatarle el control de la liturgia ritual que impregnaría la Nueva España de posguerra.

En aquella gran ceremonia eminentemente falangista, que podía haber constituido una de las bazas mayores de Falange para afianzar su control en la difusión de símbolos propios con los que hacer visible su protagonismo en la definición e institucionalización de su particular proyecto para el nuevo país emergente, la Iglesia terminó imponiendo su religión tradicional, sus particulares espacios sagrados y su liturgia religiosa. El traslado del cuerpo de José Antonio, convertido en la nacional emulación de Cristo para sus particulares adeptos, no logró convertirse en una ceremonia propia de una nación secular y sacralizada desde la que construir un proyecto fascista de Estado en la España que salía de la guerra. Al estudio del desarrollo de aquella gran ceremonia franquista –puede que la más espectacular de toda la historia del régimen⁸– en la que se daba definitiva

una dimensión religiosa de la política en tanto política, distinta y autónoma de las religiones históricas institucionales. Esto (tendría) lugar cuando la esfera política, después de haber conseguido su lugar en el mundo moderno y su autonomía institucional frente a la religión tradicional, adquiere, en determinadas situaciones, una dimensión religiosa propia, en el sentido de que adquiere un carácter sagrado autónomo que le permite reivindicar para ella misma la prerrogativa de definir el sentido y el fin último de la existencia humana, por lo menos sobre la tierra, para el individuo y la colectividad”. GENTILE, Emilio, *Le religioni della politica. Fra democrazie e totalitarismi*, Roma-Bari, Laterza, 2001. La edición que manejo de la obra de Gentile es una edición especial resumida que el autor realizó para su publicación en francés como apéndice dentro de su traducción de *Il culto del littorio. La sacralizzazione della politica nell'Italia fascista*. Ver GENTILE, Emilio, *La religion fasciste*, París, Perrin, 2002, p. 313. Una interpretación del franquismo como forma de politización de la religión se puede ver en DI FEBBO, Giuliana, *Ritos de guerra y de Victoria en la España franquista*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 2002.

⁸ Así considera el traslado de los restos de José Antonio, ELORZA, Antonio, “El

sepultura al mitificado líder de Falange están dedicadas las páginas que siguen.

La mitificación de José Antonio: pasión y muerte del Fundador

En uno de sus últimos escritos dirigido a sus camaradas del frente de Madrid desde el dramático contexto de la cárcel de Alicante y narrado en marcado tono apocalíptico, José Antonio advertía a sus compañeros que lo que se acercaba era demasiado grande —“el tiempo se ha cumplido. El Reino de Dios está cerca”, había dicho Jesús⁹— y que, independientemente de lo que pasase, él siempre estaría a la cabeza, «en el instante decisivo y con la ayuda de Dios», para acompañar a sus particulares elegidos a “entrar en la tierra prometida de Nuestra España, Una, Grande y Libre”¹⁰. Pocos meses después, José Antonio moría en unas circunstancias especialmente proclives para que sus seguidores de Falange, en el peculiar clima de la guerra civil y posterior Victoria, le transformasen en el gran profeta de la causa nacional que reiteraba la figura arquetípica de Cristo derramando su sangre para remisión de los pecados, pues «el que se pone a predicar la futura redención de un pueblo y está dispuesto a morir por el espíritu contra la carne, acaba por imitar a Cristo sin querer», señalaba Sánchez Mazas¹¹. Igual que Jesús, José Antonio moría «condenado a muerte a los treinta y tres años de su edad, después de haber padecido el Getsemaní, de haberse visto rodeado de pocos discípulos, de haber escandalizado a fariseos y a energúmenos y después de haber dedicado tres años de pública vida a la redención de su pueblo»¹². Su muerte sería interpretada en el seno falangista como una metafórica crucifixión que culminaba la particular Pasión vivida por el líder de Falange anunciando el secular Reino divino de la salvación y resurrección de la nación española.

Giménez Caballero, en una carta dirigida a la ciudad de Alicante, narra con gran elocuencia plástica la impresión vivida al pisar las calles de la ciudad levantina en el día de su liberación para visitar el lugar donde había caído José Antonio, una impresión tan honda que le había hecho evocar el drama de la Pasión de aquel otro fundador que había sido Cristo. Aquel día lluvioso:

«Tus calles y tus caminos estaban llenos de una materia húmeda, que no tierra, sino sangre me pareció. Me pareció que sobre ti llovía sangre. Que tu suelo estaba encharcado de sangre. Que todos los montes, descarnados, eran más rojos y sangrientos que nunca. Y de sangre me pareció tu mar. Y rojo de sangre, el color de nuestra bandera. Y el tronco de tus árboles. Y las

franquismo, un proyecto de religión política”, en J. Tussell, E. Gentile y G. Di Febo (eds.), *Fascismo y franquismo cara a cara: una perspectiva histórica*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004, p. 79.

⁹ Marcos, 1, 15.

¹⁰ PRIMO DE RIVERA, José Antonio, *Obras*, Madrid, Editorial Almena, 1971, p. 946.

¹¹ SÁNCHEZ MAZAS, Rafael, “Última piedra, primera piedra”, en *Dolor por José Antonio*, publicación del Departamento de Propaganda del Frente de Juventudes, Madrid, 1944.

¹² *Ibidem*.

miradas de tus gentes. Y hasta las lágrimas que se me escaparon de los ojos me quemaron la cara, como si mis ojos estuvieran heridos y sangrando [...] Vi el suelo donde cayó ametrallado, y la tierra aún me olió a sangre. Y veo el nicho 515, donde su cuerpo reposaba entre rosas y geranios rojos como la sangre de su martirio. Y todo alrededor me recuerda el drama cristiano de la Pasión. El mismo paisaje bíblico, judaico, de Palestina. Cerros ásperos, atroces y pelados. Rostros de judíos y de fariseos abrumados por su atroz crimen. Y en medio del sol y del cielo azul, y de la aparente serenidad del ambiente, veo cernirse sobre ti, ciudad de Alicante, el horrendo pecado de aquella crucifixión»¹³.

La vida de José Antonio había ofrecido a sus seguidores falangistas suficientes elementos para que el fundador de la Falange adquiriera una dimensión mesiánica y profética, repitiendo el arquetipo cristiano, sentida por sus particulares apóstoles de la causa del nacionalsindicalismo. En primer lugar, él había sido un enviado de Dios para anunciar sin descanso, durante los años decadentes de España, la doctrina falangista que daría principio a la nueva era. «El espíritu del Señor está sobre mí porque me ha ungido», leyó Jesús en la sinagoga de Nazaret las palabras del profeta Isaías; «me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva, a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos, y proclamar un año de gracia del Señor»¹⁴. De forma similar, una de las comentaristas que siguió al cortejo fúnebre de José Antonio expresaba su opinión ante el paso de la comitiva por Madrid: «lo veo como el Cristo de Nazaret, muriendo por su pueblo. Su palabra fue bálsamo para los enfermos; dio vista al ciego, oído al sordo y fue el conjuro de su voz cuando se unieron los hombres de buena voluntad»¹⁵.

Y es que José Antonio se había convertido para sus seguidores en el enviado privilegiado de Dios anunciando el secular evangelio de la auténtica nación española, cuya recuperación y triunfo traerían el particular Reino divino para el Pueblo elegido formado por los verdaderos españoles. Así lo expresaba Ángel Alcázar de Velasco en un breve escrito publicado a raíz de la noticia del traslado de los restos mortales de José Antonio hasta El Escorial: «Vivimos en una época decadente, y que para dar principio a la Nueva era Dios nos envíe al Mesías de hoy, y éste entre nosotros difundirá la doctrina Nacional Sindicalista, crea en nosotros el espíritu de apóstol y hace lograr la grandeza de un nuevo dogma, de una nueva ortodoxia»¹⁶.

La pasional interpretación de Alcázar de Velasco condensaba elementos importantes de lo que se podría considerar el proyecto de religión política falangista: José Antonio interpretado como el gran Profeta encargado de predicar la doctrina del nacionalsindicalismo en la antesala —como suele ocurrir en el

¹³ *Arriba*, 13-V-1939.

¹⁴ Lucas, 4, 18-19.

¹⁵ CATARINEU, Dolores, “Por los pueblos en ruinas de la Sierra”, en *Arriba*, 30-XI-1939.

¹⁶ ALCÁZAR DE VELASCO, Ángel, *José Antonio. Hacia el sepulcro de la fe*, Burgos, Editorial Cándor, 1939, p 47.

pensamiento mítico— del cambio de edad¹⁷. Tras su muerte, los apóstoles de la causa trabajarían sin descanso para que la grandeza de su nueva ortodoxia nacional fuese posible en España. Ya el discurso fundacional de la Falange, pronunciado por Primo de Rivera en el teatro de la Comedia de Madrid el 29 de octubre de 1933, había quedado convertido, dentro del círculo falangista, en el prólogo de la Nueva Era grande cuya llegada, gracias a la aparición del enviado providencial, se intuía pronta: una Nueva Era grande entendida en términos de religión política nacional que se materializaría con el advenimiento de la Verdadera Nación española¹⁸.

En su discurso fundacional, Primo de Rivera, una vez expuesta la situación de “ruina moral” en la que había vivido sumida España a lo largo del periodo liberal y que continuaba durante el periodo republicano, exponía las bases del Estado futuro en cuya edificación deberían emplearse todas las fuerzas conjuntas. La esperanza estaba puesta en las gentes de España, en todos aquellos a quienes “un sistema de autoridad, de jerarquía y de orden” les devolvería la auténtica y profunda libertad negada por el sistema de partidos liberal. La fe en el advenimiento del secular Reino de Dios comenzaba ese día: «eso vinimos a encontrar nosotros en el movimiento que empieza en ese día: ese legítimo soñar de España” (“esta Escritura que acabáis de oír se ha cumplido hoy», había sentenciado Jesús al finalizar la lectura de la profecía de Isaías¹⁹). La Victoria no era inmediata, pero no se podía dudar de su consecución: “nosotros nos sacrificaremos; nosotros renunciaremos, y de nosotros será el triunfo”. Para José Antonio, a partir de aquel momento se alzaba ya la bandera que habría que defender, y terminaba su discurso fundacional con la fe puesta en la llegada de la salvación: «nosotros fuera, en vigilancia tensa, fervorosa y segura, ya presentimos el amanecer en la alegría de nuestras entrañas»²⁰.

Otro paralelismo que se estableció entre la vida de Jesús y la vida de José Antonio tenía que ver con la humildad y austeridad que habían caracterizado a ambos profetas. Para sus seguidores, Primo de Rivera era un ejemplo de desapego material y de predisposición al sacrificio, un ejemplo de cómo se podían ceder todas las comodidades económicas de las que él había gozado por la causa de la Nueva España. Ese fue su gran ejemplo: «renunció a todo, hasta a la vida —y nos lo dijo— cuando fundó la Falange»²¹. “Él, a quien como tal señorito nada podía importarle, hizo de su vida ejemplo de abnegación y sacrificio. Y cambió dinero y

¹⁷ LE GOFF, Jacques, *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, Barcelona, Paidós, 1991, p. 49, donde el autor señala que en el pensamiento escatológico la llegada de la Nueva Era suele estar ligada a la venida de un salvador que actúe de guía en la preparación de los nuevos tiempos que vendrán tras la catástrofe del cambio de edad.

¹⁸ “El discurso de la Comedia pasará a la historia como el prólogo de la Nueva era grande”, ALCÁZAR DE VELASCO, Ángel, *op. cit.*, p. 46.

¹⁹ Lucas, 4, 21.

²⁰ Todas las citas pertenecen al discurso pronunciado en el Teatro de la Comedia de Madrid el 29-X-1933. Recogido en PRIMO DE RIVERA, José Antonio, *op. cit.*, pp. 61-69.

²¹ *Arriba*, 15-XI-1939.

comodidad por pobreza y sufrimiento, y amor por odio, y alegría por dolor. Y sufrió persecuciones, martirio y muerte”²². En la segunda carta a los Corintios, Pablo recordaba a los primeros cristianos cómo Jesús, “siendo rico, se hizo pobre por vosotros, a fin de enriqueceros con su pobreza”²³.

En ambas doctrinas, el valor de la pobreza en tanto renuncia material en favor de lo espiritual tenía un puesto principal para sus convencidos. En el camino a Jerusalén, Jesús había señalado a sus discípulos «cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas [...] ¡cuán difícil es entrar en el reino de Dios los que confían en las riquezas! Más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja que el rico entrar en el reino de Dios»²⁴. Por su parte, en sus discursos y artículos, José Antonio aclaraba que, si triunfaba su revolución, no triunfarían con ellos ni los señoritos ni los ociosos, pues en una comunidad bien regida todos debían trabajar y contribuir al bien común en una sociedad sin clases²⁵. Para implantar el Nuevo Estado «hay que vencer, desde luego, incontables resistencias. Se opondrán todos los egoísmos; pero nuestra consigna tiene que ser siempre ésta: no se trata de salvar lo material»²⁶, sino lo espiritual, pues en última instancia la Falange se había formado para «bien de los humildes, que en número de millones llevan una vida infrahumana, a cuyo mejoramiento tenemos que consagrarnos todos»²⁷. En el mensaje cristiano, estos pobres alcanzarían la salvación: «bienaventurados los pobres, porque vuestro es el reino de los cielos», dice la primera bienaventuranza.

La conversión litúrgica del líder de Falange en la moderna y nacional reiteración de la figura emblemática de Cristo no sólo vino establecida en función de la dimensión apocalíptica de su discurso y de las similitudes de su vida y de su muerte; determinados paralelismos de su pública predicación con la llevada a cabo por Jesús también facilitaron el proceso. Igual que el profeta judío, José Antonio había conocido la incompreensión y la penuria de su prédica, tildada de «docura disparatada o capricho de ensayista a la moda»²⁸. Así lo reconocía el propio José Antonio en el testamento que redactó en la prisión provincial de Alicante pocas horas antes de su fusilamiento, asombrándose de que, después de tres años de pública explicación de sus ideas, la inmensa mayoría de sus compatriotas

²² FUERTES, Julio, “Principio y fin de José Antonio”, en *Arriba*, 19-XI-1939. En el Discurso de la Comedia, José Antonio aludía a esta cuestión: «sí, nosotros llevamos corbata; sí, de nosotros podéis decir que somos señoritos. Pero traemos el espíritu de lucha precisamente por aquello que no nos interesa como señoritos; venimos a luchar porque a muchos de nuestras clases se les impongan sacrificios duros y justos, y venimos a luchar por que un Estado totalitario alcance con sus bienes lo mismo a sus poderosos que a los humildes», PRIMO DE RIVERA, José Antonio, *op. cit.*, p. 68.

²³ 2 Corintios 8, 9.

²⁴ Marcos 10, 23-25.

²⁵ *Falange Española*, nº4, 25-I-1934.

²⁶ Conferencia pronunciada en el Teatro Calderón de Valladolid el 3-III-1935. Recogida en PRIMO DE RIVERA, José Antonio, *op. cit.*, p. 427

²⁷ *Falange Española*, nº4, 25-I-1934.

²⁸ SÁNCHEZ MAZAS, Rafael, *op. cit.*

persistieran en juzgarle sin haber empezado ni por asomo a entenderle y sin haber aceptado escuchar las explicaciones por él dadas sobre lo que era y pretendía la Falange²⁹.

A pesar de la generalizada incomprensión y sin menguar su ánimo, había confiado siempre en la verdad de su secular evangelio, como en la parábola bíblica de la cizaña. «El reino de los cielos es semejante al hombre que siembra buena simiente en su campo», había explicado Jesús a orillas del mar a quienes quisieron escucharle. «Mas durmiendo los hombres, vino su enemigo, y sembró cizaña entre el trigo y se fue [...] Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega; y al tiempo de la siega yo diré a los segadores: coged primero la cizaña, y atadla en manojos para quemarla; mas coged el trigo en mi alfolí»³⁰. Así, también, predicó José Antonio a pesar de la incomprensión de muchos a quienes quisieron oírle. Llegada la Revolución por él anunciada, «se ve que la semilla es enérgica y se multiplica prodigiosamente, a pesar de las cizañas, como en la parábola de Nuestro Señor. Los puntos iniciales de la doctrina del Fundador se convierten en bases de la Constitución del Nuevo Estado por irresistible voluntad de un Caudillo clarividente y victorioso. Y las metas de redención futura de José Antonio son las metas ya de la historia futura de la Patria»³¹.

De forma similar al selecto grupo de discípulos cristianos que, en las horas difíciles, habían seguido a su maestro, la figura singular de José Antonio había suscitado una fe indiscutible entre sus seguidores con respecto a su Buena Nueva anunciada: «nuestra línea de combate empieza en tu sepulcro y a la cabeza está el invicto Jefe que nos conduce; por esto puedes estar seguro de que en nosotros no caben más consignas que las que tú nos diste y las que nuestro Caudillo nos dé hasta lograr que la Patria sea lo que soñaste y contigo soñamos todos los españoles que te seguimos y te somos y te seremos fieles y en nuestro corazón llevamos grabados los tres arribas que diste en la cárcel de Alicante con el pulso tan firme como el alma»³².

La hermana de José Antonio, desde su posición de delegada nacional de la Sección Femenina, recordaba a sus afiliadas, recién estrenada la Victoria franquista, que sus hermanos, novios, maridos y camaradas no habían caído en balde; Franco venía a ofrecer la Patria, el Pan y la Justicia que había prometido José Antonio. La figura del Caudillo guerrero y victorioso venía a culminar, para la particular interpretación falangista, el secular Reino de Dios anunciado por el profeta falangista cuya muerte y entrega a la causa habían hecho posible su realización³³. «Con su sangre gloriosa se han escrito los destinos de la nueva España que nada ni nadie logrará torcer», sentenciaba Franco todavía en plena guerra civil refiriéndose

²⁹ «Me asombra que, aun después de tres años, la inmensa mayoría de nuestros compatriotas persistan en juzgarnos sin haber empezado ni por asomo a entendernos y hasta sin haber procurado ni aceptado la más mínima información», en PRIMO DE RIVERA, José Antonio, *op. cit.*, pp. 953-954.

³⁰ Mateo, 13, 24-25; 30.

³¹ SÁNCHEZ MAZAS, Rafael, *op. cit.*

³² ALCÁZAR DE VELASCO, Ángel, *op. cit.*, pp. 55-56.

³³ Las palabras de Pilar Primo de Rivera están recogidas en *Arriba*, 8-IV-1939.

a José Antonio³⁴. Su muerte sacrificial culminaba una vida de renuncia de todo lo que no tuviera que ver con su lucha por que la Nueva España fuera posible. Con renunciación había comenzado su vida por la Falange en el escenario de la Comedia y con renunciación la había acabado en el patio de una cárcel con el fin de que su sangre fecundase su propia siembra, aquella siembra que, para sus adeptos y una vez finalizada la guerra, crecía vigorosa y pujante³⁵. «El Hijo del Hombre no vino para ser servido, mas para servir y dar su vida en rescate por muchos»³⁶, comunicó Jesús a sus primeros discípulos cerca del templo. José Antonio, por su parte, también había advertido a los suyos, antes de su propia muerte, de que ésta era un acto de servicio a la Patria y que «bendita sea la Falange si ella nos lleva a morir por España» y a “entregar a la Patria lo más precioso que nos dio: nuestra sangre»³⁷.

Hasta tres veces anunció Jesús a sus discípulos el acontecimiento de la Pasión: «el Hijo del Hombre será entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas; le condenarán a muerte y le entregarán a los gentiles, y se burlarán de él, le escupirán, le azotarán y le matarán, y a los tres días, resucitará»³⁸. En un discurso pronunciado en el pueblo de Don Benito de Badajoz, José Antonio comunicaba a sus camaradas la continua presencia de la muerte que a todo falangista rondaba: «los que militamos en ella tenemos que renunciar a las comodidades, al descanso, incluso a amistades antiguas y a afectos muy hondos. Tenemos que tener nuestra carne dispuesta a la desgarradura de las heridas. Tenemos que contar con la muerte –bien nos lo enseñaron algunos de nuestros mejores– como una acto de servicio»³⁹.

De forma similar a la unión de la primera comunidad cristiana articulada en torno al común recuerdo del sacrificio de Cristo –muerto en la cruz por la redención de los pecados y por el anuncio del Reino del Padre y ritualmente reiterado a través de la eucaristía– la muerte de José Antonio sería periódicamente recordada y celebrada por el bando franquista y, una vez conseguida la Victoria, por el Nuevo Estado. De manera equivalente a la idea redentorista cristiana según la cual sólo a través del sacrificio del Mesías el Reino de Dios podía ser

³⁴ Discurso pronunciado por Franco a propósito del segundo aniversario de la muerte de José Antonio en noviembre de 1938.

³⁵ «Con renunciación comienza su vida por la Falange en el escenario de la Comedia y con renunciación la acaba en el patio de una cárcel, para que su sangre fecunde su propia siembra, que hoy crece vigorosa y pujante», FUERTES, Julio, *op. cit.*

³⁶ Marcos 10, 45.

³⁷ PRIMO DE RIVERA, José Antonio: “En memoria de José García Vara”, en *Arriba*, nº4, 11-IV-1935, recogido en PRIMO DE RIVERA, José Antonio, *op. cit.*, p. 514. En las palabras que José Antonio pronunció en el entierro del falangista muerto Ángel Montesinos Carbonell el 10 de febrero de 1934, Primo de Rivera señalaba: «la muerte es un acto de servicio. Cuando muera cualquiera de nosotros, dadle, como a éste, piadosa tierra y decidle: Hermano: para tu alma, la paz; para nosotros, por España, adelante», recogido en PRIMO DE RIVERA, José Antonio, *op. cit.*, p. 203.

³⁸ Marcos, 10, 33.

³⁹ Discurso pronunciado en San Benito (Badajoz) el 28-IV-1935. Recogido en PRIMO DE RIVERA, José Antonio, *op. cit.*, p. 539.

instaurado⁴⁰, la Nueva España de la Victoria se había hecho posible, según la interpretación falangista, con la sangre de los caídos entre los que destacaba, sin sombra posible, José Antonio. Nuevamente, Giménez Caballero lo expresaba de forma contundente.

Volviendo de El Escorial donde Franco había celebrado el 20 de mayo del 39 la recepción del cuerpo de diplomáticos, el intelectual falangista señalaba al general Moscardó, al cruzar en coche la Ciudad Universitaria de Madrid donde tantos “nacionales” habían caído, el feliz fruto que habían cosechado los gloriosos muertos. Ante el gesto de dolor del general –a quien la mitología franquista había convertido en el nuevo Guzmán el Bueno al sacrificar a su propio hijo en la gloriosa defensa del Alcázar de Toledo– Giménez Caballero le contestaba optimista: «Mi general. De entre esa muerte y ruina de todos nuestros Caídos, ¡mire las flores de esta primavera! ¡soldados!, ¡soldados! ¡Soldados de Franco! ¡Ungidos de gloria y de Imperio! Sólo la muerte heroica se hace vida fecunda. Sólo la sangre mueve la Historia. Sólo los Caídos levantaron hacia arriba a España»⁴¹.

En realidad, esta idea falangista sobre los caídos en la guerra era común a la mantenida por la Iglesia y por el propio discurso oficial del régimen, en el que la retórica de la sangre de los mártires como elemento fundamental para que el Nuevo Estado hubiera resultado posible ocupó siempre un lugar de excepción. «No hay redención sin sangre, y bendita mil veces la sangre que nos ha traído nuestra redención», recordaba Franco en Asturias en 1946 reiterando sintéticamente la idea oficial de la dictadura sobre la significación de sus muertos⁴². Si la Victoria suponía la cosecha recogida tras el sacrificio de todos aquellos que habían muerto por Dios y por España, la diferencia nada desdeñable estribaba en dónde se ponía el acento en este binomio inseparable: para la Iglesia, los muertos eran, fundamentalmente, mártires de la religión; para la Falange, muertos y caídos esencialmente por España⁴³.

El comienzo de la institucionalización de la celebración oficial del recuerdo y homenaje del líder falangista se produjo en 1938, al cumplirse el segundo aniversario de su fusilamiento, a través del decreto firmado por Franco en el que se establecían las líneas de la celebración conmemorativa de la muerte de José Antonio. En el preámbulo del decreto, Franco abundaba en el papel que había desempeñado el fundador de la Falange, “héroe nacional y símbolo del sacrificio de la juventud española”. Así:

«El Estado español, que surge de la guerra y de la revolución Nacional por él anunciada, toma sobre sí, como doloroso honor, la tarea de conmemorar

⁴⁰ Un análisis sobre la idea cristiana de redención vinculada al sacrificio se puede ver en KÜNG, Hans, *El Cristianismo. Esencia e Historia*, Madrid, Trotta, 2001, pp. 52 y ss.

⁴¹ Alocución en Radio Nacional del 20-V-1939 y recogida en *Arriba*, 21-V-1939.

⁴² Cuenca minera de Asturias, 21-V-1946, en *Franco ha dicho*, Madrid, Editora Carlos-Jaime, 1947, p. 21.

⁴³ Un ejemplo de la retórica del martirio por la religión mantenida por los grupos católicos se puede ver en la serie de relatos de “muertes edificantes” publicados en el *Boletín de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas* a partir de abril de 1938.

su muerte. El ejemplo de su vida, decisivamente consagrada a que fuese posible la grandeza de España por la honda y firme comunidad de todos los españoles, y el ejemplo de su muerte, serenamente ofrecida a Dios por la Patria, le convierten en héroe nacional y símbolo del sacrificio de la juventud de nuestros tiempos. Su llamamiento a esta juventud española, cuya alma partida supo ver con dolorosa pasión, será motivo de perenne recuerdo para la que heroicamente combate en los campos de batalla»⁴⁴.

A partir de aquel momento, el 20 de noviembre, el mismo día en el que, cuarenta años después, el Caudillo moriría, fue declarado oficialmente día de luto nacional y denominado por la Falange el Día del Dolor.

Si la figura de José Antonio fue mitificada hasta quedar convertida en la moderna y arquetípica reiteración del Cristo del Movimiento Nacional y su muerte convertida en la secular Pasión ofrecida por la salvación de la Patria, el azar quiso que la llegada del Reino por él anunciado –la Victoria en la guerra civil y, según la interpretación del conjunto franquista, la consiguiente Redención de la Nación– coincidiese con la fecha clave de la Semana Santa de 1939. El que el inicio de la resurrección de la Patria anunciada por su máximo profeta coincidiese con la celebración de la resurrección de Cristo –“la resurrección de Cristo viene hoy para uno con la resurrección de la Patria”, señaló Sánchez Mazas en uno de sus discursos de aquellos días⁴⁵– sería interpretado en el seno de Falange como un gran momento fundacional querido por la Divina Providencia – «ha querido Dios que viniese a coincidir el triunfo total de sus soldados españoles [de los soldados de su causa] con estos días de Pasión y de Resurrección»⁴⁶– y como signo indiscutible de la secular llegada del Reino de Dios de la Nueva España nacional que José Antonio había anunciado sin descanso y por la que había muerto⁴⁷. «Nunca Sábado de Gloria más glorioso alumbró las auroras españolas [...] Al inaugurar hoy, con pisada imperial, los nuevos rumbos de decisión de la historia, las campanas de todas las iglesias tendrán alegrías fundacionales»⁴⁸. «Sábado de Gloria de España éste, en el que vuelven a volar por toda la anchura de nuestra tierra redimida las campanas jubilosas de la resurrección»⁴⁹.

Durante aquellos días, a lo largo de todo el país las celebraciones se mezclaron por doquier. Los festejos propios de la Semana Santa se unirían a las primeras celebraciones que, desde una semana antes, se improvisaban en celebración de la entrada de las tropas “nacionales” en Madrid acontecida a finales de marzo y en las que el recuerdo de los mártires y caídos en la guerra tenía un lugar de excepción. El 31 de marzo, viernes de Dolores, el pueblo de Madrid

⁴⁴ Decreto del 16-XI-1938. Publicado en el *BOE*, 17-XI-1938.

⁴⁵ Publicado en *Arriba*, 9-IV-1939.

⁴⁶ *Arriba*, 8-IV-1939.

⁴⁷ Para un análisis del mito de la resurrección de la Patria como mito clave en la ideología nacional falangista frente a las interpretaciones de los grupos católicos, se puede ver SAZ, Ismael, *op. cit.*

⁴⁸ *Arriba*, 8-IV-1939.

⁴⁹ *Arriba*, 8-IV-1939.

acudió masivamente –según la crónica de la prensa oficial– a las distintas iglesias para rezar por la Victoria y por los caídos en combate. El templo de Jesús de la calle Medinaceli se desbordó de gente que asistía a la misa celebrada «en honor de los caídos por Dios y por España». Ese mismo día, por la tarde, una convocatoria del ministro de Educación Nacional reunía a diversas personalidades para honrar a los cuatro mártires ilustres: José Antonio, Calvo Sotelo, Víctor Pradera y Ramiro de Maeztu⁵⁰. Desde el Ministerio, los allí convocados iniciaron el recorrido por las cuatro casas de sus compañeros desaparecidos para rendir homenaje a su recuerdo.

En primer lugar, la casa de José Antonio, el gran Ausente. Sobre la mesa de lo que había sido su despacho de trabajo, Panizo, Valdés y Pemán depositaron ramos de laurel. A continuación, Pemán lanzó el tradicional grito falangista: «José Antonio, ¡Presente!», para ser inmediatamente respondido por todos los asistentes. Esta «íntima conmemoración» de los cuatro muertos clave se repitió en las casas de Calvo Sotelo, Ramiro de Maeztu y, por último, de Víctor Pradera. Lo que es importante subrayar es que lo que se concebía como una «pequeña peregrinación de recuerdo, itinerario de precursores y de mártires», fue organizada y celebrada para recordar y hacer presentes a los que aquel día victorioso, «desde los luceros que cubren a la España salvada, sonríen a la victoria con el mismo gusto firme, alegre, militar y sencillo con que emprendieron la batalla, seguros de que el triunfo no se podía malograr». Sus vidas entregadas a la causa de la nación española, según a interpretación de Falange, hacían posible aquel día en el que Madrid se recuperaba e incorporaba a lo que se entendía como la única y auténtica patria posible, según el particular sentir de los adeptos al nuevo régimen⁵¹.

Días después, en fecha de jueves santo, Franco celebraba en Burgos junto a su esposa el día festivo. Desde Burgos también, el vicepresidente del gobierno, el ministro de la Gobernación y otros miembros gubernamentales asistían a distintos templos para presenciar la múltiple celebración de los oficios propios de la jornada santa, de la Victoria en la guerra y de honor a los caídos. En las procesiones que recorrieron las calles burgalesas, múltiples penitentes siguieron los oficios descalzos o, en casos más extremos, de rodillas “en sacrificio por el final de nuestra guerra” y como acto de solidaridad con los caídos “nacionales”⁵².

Ese mismo día por la tarde, en Madrid se celebraba un solemne Vía Crucis en el que un inmenso gentío cubría por completo el trayecto que debía recorrer la procesión, comprendido entre la Parroquia de San José y el Altar de los Caídos levantado en la Puerta de Alcalá. La procesión la encabezaba la figura del Cristo de las Maravillas, especialmente elegido por los destrozos que había sufrido la figura durante el dominio republicano sobre la ciudad. Su cuerpo mutilado por lo que se denominaba la barbarie roja –una nueva Pasión para el Cristo de la talla– se exhibía

⁵⁰ Entre los asistentes estaban varias representaciones del ministerio, del Instituto de España y de FET y de las JONS. También asistieron, entre otros, el teniente coronel Augusto Kral, Jefe del Servicio Nacional de Enseñanza Profesional y técnica, los consejeros nacionales José María Pemán y Leopoldo Panizo y el jefe provincial del Movimiento. Esta información está recogida en *Arriba*, 1-IV-1939.

⁵¹ *Arriba*, 1-IV-1939.

⁵² *Arriba*, 8-IV-1939.

con gran fuerza plástica entre los madrileños que celebraban la Victoria, la histórica Pasión del Mesías judío y la inmediata Pasión de los caídos por España. Simbolizando la unión de todas aquellas celebraciones que se terminarían constituyendo en una –la Victoria y redención de la patria hecha posible gracias a la muerte sacrificial de todos aquellos que habían muerto por Dios y por España– el obispo de Madrid-Alcalá depositó el Cristo ante la cruz colocada en honor de los caídos. A continuación, rezó un último responso y regresó a la Parroquia de San José «derramando bendiciones sobre el inmenso gentío que lo saludaba a su paso»⁵³.

Celebraciones similares se repitieron por toda España. La idea que es importante destacar es cómo, durante aquellos primeros días del nuevo régimen, se imbricaron las primeras celebraciones de la Victoria, el homenaje y la conmemoración a los caídos sin los cuales ésta no habría sido posible y los oficios propios de la Semana Santa. En aquellos momentos fundacionales, la ritualizada conmemoración de la muerte y resurrección de Cristo acontecida por su anuncio del Reino de Dios se unía íntimamente a la celebración de la llegada de aquel otro Reino divino que, para todos aquellos que comulgaban con la incipiente dictadura, llegaba con la Victoria. Sin embargo, la resurrección de la Patria celebrada por Falange no era exactamente igual que la restauración nacional celebrada por los sectores católicos. La causa mayor de haberse sacrificado por España comenzaba a disminuir sus veleidades laicizadas y nacionalistas cuando la particular síntesis franquista situaba la conmemoración de aquellos muertos y caídos dentro de las iglesias y bajo la dirección litúrgica de los curas y los obispos.

Las exclusividades se achicaban y el espacio simbólico se compartía: junto al yugo y las flechas se situaban las cruces; los muertos por España también lo eran por Dios; la emulación cristológica fascista simbolizada en José Antonio quedaba reducida a la categoría de «caído excepcional» ante las tallas del único Cristo posible con las que se encabezaban las celebraciones. Los desfiles, las marchas y las concentraciones propias de las grandes fiestas totalitarias compartirían las calles y las plazas con las procesiones y los Vía Crucis. En las ciudades victoriosas, el espacio público se llenaba de altares y se rompía el silencio con las constantes letanías de las misas, los rosarios y los responsos. En definitiva, la posibilidad de una religión política falangista capaz de controlar la liturgia y la devoción de la nueva nación resucitada que empezaba a conformarse con la completa Victoria en la guerra se iba haciendo cada vez más imposible ante la progresiva exaltación de esa otra nación plena de consustancialidad católica que la Iglesia celebraba en el Nuevo Estado.

Como iba a quedar claro en el desarrollo del traslado funeral de José Antonio, la dificultad cada vez mayor de Falange de poner en marcha su proyecto de religión política se iba haciendo evidente ante la decisión eclesiástica de no dejarse arrebatar el control de los espacios y de las celebraciones rituales que se vivían en el país. Las prevenciones de la Iglesia ante la paganización y secularización falangista (a pesar de ser éste un partido igualmente católico) habían

⁵³ *Arriba*, 8-IV-1939.

quedado claras, precisamente, en sus recelos ante el proceso de mitificación de José Antonio iniciado por Falange desde el mismo momento de su fusilamiento.

En un sobre elocuentemente rotulado como “estridentes de Falange”, Gomá acumuló significativas muestras del uso laico y pagano de fórmulas religiosas aparecidas entre 1937 y 1938 en la prensa falangista. Entre ellas, se encontraba un decálogo de 12 principios (o mandamientos) aparecido en *Unidad* el 28 de junio de 1937 con afirmaciones tan estridentes para la Iglesia como «sólo llevamos un símbolo: el yugo y las flechas»; «sólo defendemos un hábito: la camisa azul»; «sólo queremos un Estado: el nacionalsindicalismo»; «sólo profesamos un amor: el de España», o «sólo adoramos un profeta: José Antonio». Otras “estridentes” similares guardadas en el mismo sobre eran las declaraciones de Joaquín de Entrambasaguas, en las que se aludía a “la labor creadora de Precursor y de Cristo a la vez” de José Antonio o un extraño Padre Nuestro en el que se daban gracias a Dios por el providencial envío del visionario líder falangista, se instaba a que el Reino divino fuese el del Imperio del Yugo y las Flechas y se rezaba por no caer en el pecado y la tentación de pervertir las consignas del Movimiento simbolizadas en la vida y muerte de José Antonio⁵⁴.

Cuando Franco ordenase que los restos de José Antonio se enterraran entre las ilustres piedras de El Escorial y se pusiera en marcha la efectista ceremonia del traslado de su cuerpo, semejante tensión por el control litúrgico de la Nueva España y la dificultad de Falange en arrebatar el protagonismo a la Iglesia en el entierro de su líder se harían evidentes en la forma en la que se desarrolló la gran fiesta funeral.

Glorificación y apoteosis funeral de José Antonio

Como se apuntó anteriormente, a lo largo de los tres años que duró la guerra civil, el segundo aniversario del fusilamiento de José Antonio supuso el comienzo de la institucionalización de la celebración oficial del recuerdo del líder de Falange. A pesar de ser indudablemente una figura angular dentro del particular capital simbólico del sector falangista, José Antonio traspasó en su conmemoración y homenaje los límites sectoriales para llegar a formar parte del discurso oficial del régimen. Por orden del Caudillo, a partir de aquel momento – noviembre de 1938- en los muros de las iglesias que estuvieran en zona “nacional” debía colocarse una placa con la inscripción de todos los muertos locales, caídos en la guerra o víctimas de la “revolución marxista”, cuya lista debía estar encabezada por el nombre de José Antonio. En la misma orden, con indudable certeza en la victoria, Franco señalaba que en las universidades de Madrid y Barcelona se crearía una cátedra de nombre “José Antonio” que estaría exclusivamente destinada a

⁵⁴ ANDRÉS-GALLEGO, José, *¿Fascismo o Estado católico? Ideología, religión y censura en la España de Franco, 1937-1941*, Ediciones Encuentro, Madrid, 1997, pp. 244-247. El sobre con las “estridentes de Falange” aludido por el autor procede del Archivo Gomá de Toledo. La procedencia de las declaraciones de Joaquín de Entrambasaguas es *La voz de España* del 6-XI-1938; la del Padre Nuestro falangista es *El Adelanto* del 23-XI-1938. Sobre esto, también se puede ver SAZ, Ismael, *op. cit.*, pp. 217 y ss.

explicar y a desarrollar las ideas políticas del líder falangista. El nombre de Primo de Rivera también sería dado, en señal del perenne recuerdo y homenaje que su España le rendía, a una unidad de la Armada, a otra del Ejército de Tierra y a una última del Ejército del Aire. Igualmente, el Ministerio del Interior, Prensa y Propaganda era instado a convocar un concurso para premiar los mejores trabajos artísticos, literarios y doctrinales que versaran sobre la figura y obra de José Antonio. En la misma orden, el Caudillo anunciaba que en un futuro, una vez finalizase la contienda, el Nuevo Estado construiría un grandioso monumento en homenaje a Primo de Rivera⁵⁵.

El decreto dictado por Franco para celebrar aquel primer día de luto nacional en recuerdo del caído fue complementado con una orden del entonces ministro de Educación Nacional, el miembro de *Acción Española* Pedro Sainz Rodríguez, en la que se ordenaba que el día 22 de noviembre, en todos los centros de enseñanza que estuvieran en territorio franquista, debía darse una lección sobre la vida y obra de José Antonio en memoria y homenaje a su condición de «figura histórica nacional», que había culminado «con su muerte heroica: su último acto de servicio por España»⁵⁶.

Si aquel primer Día del Dolor todavía en guerra fue celebrado de manera solemne en todas las ciudades de la España “nacional”⁵⁷, nada más terminar el enfrentamiento civil el esfuerzo recayó en recuperar el cuerpo de José Antonio y en rendir homenaje a su vida y a su muerte con el fin de que éste ocupara un lugar singular en el Nuevo Estado. Así lo expresaba con gran entusiasmo el diario *Arriba*, haciéndose eco de la alegría de que la Nueva España presidida por yugos y por flechas se rindiera ante su máximo profeta providencial. Puede que el entusiasmo derivado del reconocimiento oficial de la figura de José Antonio no permitiera calcular todavía que, junto a aquellos yugos y flechas queridos por el Ausente, presidirían el país muchas más cruces y altares:

«La más fundamental de las empresas que había de acometer España, lograda la victoria de las armas, era rendirlas ante José Antonio y dar tierra sagrada a sus restos. Y era la más fundamental de las empresas porque José Antonio fue el escogido de la Providencia para levantar la bandera del combate. Y porque hoy, cuando España ha sido rescatada y el designio implacable nos le niega a esta vida, presidida por yugos y flechas, anunciada por él en la fe y el ardor de sus palabras, España tiene prendida a las entrañas la exacta convicción de que la historia no quebró con la muerte y de ella fue salvada la Patria, porque sonó la voz de José Antonio y porque hubo un Caudillo que en buena hora ciñó la espada. La gran verdad de estas

⁵⁵ Decreto del 16-XI-1938 y publicado en el *BOE* del 17-XI-1938.

⁵⁶ Orden del 16-XI-1938 y publicada en el *BOE* del 19-XI-1938.

⁵⁷ Los funerales se celebraron el día 20 de noviembre en Burgos con la asistencia de las personalidades políticas y el día 21 en el resto de la España nacional. Junto a las ceremonias religiosas, los actos celebrados en Burgos incluyeron discursos del Caudillo y de Serrano Suñer. En la distinta prensa local se encuentra la descripción de los festejos realizados en las distintas ciudades.

verdades ya eternas exigía que la empresa común de España, que la gran tarea de todos los hombres que supervivieron a la sangrienta batalla de tres años, fuese la de enterrar sus restos, cerrar bajo las piedras sus cenizas y dar con ello sobre nuestro suelo lugar a su recuerdo y a su gloria»⁵⁸.

A primeros de abril del 39 se exhumaron los restos mortales de José Antonio depositados en un pozo de Alicante en la íntima compañía de su hermano Miguel, de Pilar Millán Astray y de algunas personas cercanas que asistieron a la recuperación del cadáver del líder de Falange. Tras rezar oraciones por el eterno reposo de su alma, la sencilla ceremonia fúnebre consistió en envolver su cadáver con la bandera española y en transportar el ataúd a hombros de cuatro de sus camaradas hasta el nicho 515 del mismo cementerio alicantino donde, tres años antes, había sido arrojado su cuerpo⁵⁹. El cortejo fúnebre lo encabezaba una escolta de cuatro falangistas con fusil a quienes seguían los portadores del féretro y los íntimos asistentes a la exhumación y primer entierro de José Antonio. Una vez depositado el ataúd en el nicho y cerrado éste, Miguel Primo de Rivera, tras saludar con el brazo en alto, gritó el nombre de su hermano. Todos los que allí se encontraban respondieron con el «¡Presente! ¡Arriba España!». A continuación, los asistentes abandonaron el cementerio dejando a una escuadra falangista que, con carácter permanente, guardaría el nicho del fundador de la Falange⁶⁰.

Entonces se pensaba que, de momento, el cuerpo de José Antonio permanecería en Alicante. Así fue hasta el mes de noviembre, cuando Franco dictó el decreto por el que sus restos serían trasladados desde la ciudad levantina hasta la iglesia del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial concediendo al líder de Falange los honores de Capitán General acordes con sus méritos, según explicaba el Generalísimo. El Caudillo lo firmaba el 9 de noviembre para que, coincidiendo con el tercer aniversario de su muerte, se le dedicaran «las honras fúnebres que a sus merecimientos corresponden»⁶¹.

La significación que para el conjunto franquista tenía el monasterio de El Escorial es clara. Aquel había sido el lugar de retiro de Felipe II, símbolo, junto a su padre Carlos V, del glorioso Imperio español, aquel Imperio católico que había impulsado la expansión de la Hispanidad por los territorios americanos y centroeuropeos. El Escorial era un lugar de recogimiento, de sobriedad, de íntima expresión de la espiritualidad española. Era el sitio en el que, «bajo sus bóvedas, severas y augustas», se habían forjado «las más bellas y exactas concepciones españolas. En El Escorial nació la gran política del Imperio, el violento anhelo metafísico de la unidad ante la grave y airosa majestad de su arquitectura, expresión de un Estado que mira hacia Dios»⁶². El monasterio simbolizaba, por tanto,

⁵⁸ *Arriba*, 15-XI-1939.

⁵⁹ Los cuatro camaradas de José Antonio que trasladaron su féretro a hombros fueron Javier Millán, José Mañol, Alfredo Fraile y Miguel Mezquiri. La información está en *Arriba*, 5-IV-1939.

⁶⁰ La crónica de esta ceremonia está en *Arriba*, 5-IV-1939.

⁶¹ Publicado en el *BOE*, 17-XI-1939.

⁶² Nota de la Jefatura Provincial del Movimiento recogida en *Arriba*, 5-IV-1939.

algunos de los más importantes valores que el primer franquismo defendía y en función de los cuales se interpretaba y definía. Territorio compartido entre los diversos sectores del régimen pero territorio, también, en disputa en función de los valores a acentuar entre todos aquellos representados por el gran conjunto monumental⁶³. En cualquier caso, con la conquista de Madrid realizada al final de la guerra, la recuperación de El Escorial para lo que se sentía la única y auténtica España posible había sido celebrada en la prensa falangista como la vuelta a España de uno de sus máximos emblemas, como el signo glorioso de la resurrección de la Patria⁶⁴. Con El Escorial se sentía que España recobraba «su altivo sosiego, la llaneza grandiosa de su estilo, los más hondos llamamientos de su ser eterno». El Escorial era «la verdad y el alma de España, su esencia profunda, su sino y su imperio»⁶⁵.

El que José Antonio fuera a ser trasladado desde «el campo de injuria de Alicante» hasta aquel «recinto cristiano e imperial que tiene la medida de su sueño» era interpretado por sus seguidores como uno de los máximos honores que se podían prestar al fundador de Falange y como el signo certero de su innegable inmortalidad⁶⁶. Desde allí, el ejemplo de su vida y de su muerte actuaría de faro y de guía de la Nueva España que se iniciaba con la Victoria. De la misma forma que en otras religiones cívicas y políticas los entierros de los grandes hombres de la causa habían sido concebidos como grandes actos de importante contenido pedagógico, propagandístico y educativo así, también, se interpretó el traslado de los restos mortales de José Antonio: como una muestra de a costa de cuánto dolor se había logrado la España querida por el Ausente, que debía ser aprendida por las gentes de España⁶⁷.

También en un cierto paralelismo con respecto a otras macrorrepresentaciones funerales de mártires caídos de por la Patria⁶⁸, el masivo

⁶³ El análisis del equilibrio inestable entre los territorios comunes y los territorios en disputa ideológicos entre los grupos católicos y Falange está en SAZ, Ismael, *op. cit.*, pp. 164 y ss.

⁶⁴ «¡Españoles!! ¡El Escorial ha vuelto a España! La alegría de sus campanas se extiende en ecos de triunfo por toda la tierra española. Estas horas de resurrección nacional encuentran su signo glorioso en el gran Monasterio reintegrado a la Patria», Nota de la Jefatura Provincial del Movimiento recogida en *Arriba*, 5-IV-1939.

⁶⁵ *Ibidem*.

⁶⁶ *Arriba*, 12-XI-1939.

⁶⁷ El cortejo, “con el ejemplo de la muerte de José Antonio enseñará a los hombres —¡a costa de qué dolor!— la profunda verdad y el rigor de nuestro pensamiento cumplido con la muerte en acto de servicio por nuestro jefe y capitán”, *Arriba*, 15-XI-1939.

⁶⁸ Para el caso francés y de los funerales de caídos por la Patria y la Revolución se puede ver OZOUF, Mona, *La fête révolutionnaire, 1789-1799*, París, Gallimard, 1976. Ozouf señala cómo 1792 es el año en el que la muerte se sitúa en el centro de la fiesta revolucionaria a partir de la multiplicación de las celebraciones funerales de los caídos por la Patria. Por su parte, Philippe Contamine alude a las cartas de los voluntarios de las guerras de la Revolución para mostrar cómo muchos de los soldados sentían felicidad al dar su vida por la Patria. PICARD, É., *Au service de la nation. Lettres de volontaires (1792-1798)*, recogidas en BERTAUD, Jean-Paul, *La Révolution armée. Les soldats-citoyens et la Révolution française*, París,

traslado de los restos mortales de José Antonio fue minuciosamente programado y concebido como una gran ceremonia de masas en la que todo el pueblo – evidentemente, el pueblo español en el sentido restrictivo y excluyente de la impositiva dictadura franquista– y todos los grupos del régimen estaban llamados a participar. El cortejo fúnebre que partió hacia El Escorial lo componían representantes del clero parroquial de toda España, diferentes órdenes religiosas que entonaron a lo largo del camino cantos funerarios, la figura del Cristo de las Navas –ante la que había jurado el Consejo Nacional- y el ataúd con el cuerpo de José Antonio, ataúd al que seguían las jerarquías falangistas, las milicias de Falange que custodiaban a su Jefe y el “enlutado pueblo español”⁶⁹.

El masivo traslado comenzó en Alicante el 20 de noviembre de 1939 y tuvo una duración de diez días. Durante ellos el féretro fue transportado a hombros de falangistas y miembros del ejército que atravesaron media España hasta llegar a la provincia de Madrid. Al igual que el resto de los elementos que formaron parte del entierro, tanto el recorrido que siguió el cortejo fúnebre como los diversos grupos de hombres que debían portar el féretro estuvieron sometidos a la más estricta regulación y ceremonia. Cada diez kilómetros se establecieron los puestos de cambio. En ellos, el jefe provincial encargado del mando de la comitiva que hubiera realizado el tramo anterior debía entregar el cuerpo de José Antonio al otro jefe provincial que encabezaría el tramo siguiente con el “José Antonio Primo de Rivera, ¡Presente!”. Junto a la entrega del cuerpo, también debían transmitirse las armas de las milicias que habían iniciado el recorrido en Alicante y la figura del Cristo de las Navas, los dos únicos elementos que permanecerían constantes durante los casi quinientos kilómetros del camino. Cada vez que se realizaba el cambio de hombres, el proyecto era implantar un monolito al borde del camino para que quedase fijada la fecha exacta del relevo y las personas que lo habían realizado, anunciando el cambio con una salva de cañón y repique de campanas que debían ser transmitidos por toda España para que las gentes supieran el momento exacto en el que se había realizado el relevo de los portadores⁷⁰. Ni siquiera por las noches se detenía la comitiva. Durante ellas se prendían grandes hogueras en los flancos del camino y se repartían entre las milicias antorchas y

Robert Laffont, 1979 (citado en CONTAMINE, Philippe, “Mourir pour la Patrie”, en P. Nora (ed.), *Les lieux de mémoire*, vol. 3, París, Gallimard, 1984, p. 36. La herencia legada por la Revolución en lo referente al tratamiento de los mártires y caídos y su influencia sobre el fascismo está apuntada y estudiada en MOSSE, Georges L, “Fascism and the French Revolution”, en *Journal of Contemporary History*, Vol. 24, 1989. Para el caso alemán, en el que se analiza la mitificación de la I Guerra Mundial y la celebración y homenaje a los muertos y caídos en ella, se puede ver MOSSE, Georges L, *Fallen Soldiers. Reshaping the memory of the World Wars*, New York, Oxford University Press, 1990.

⁶⁹ La información pertenece al artículo de Samuel Ros publicado en *Arriba*, 13-XI-1939 y en el que el periodista adelanta cómo se llevaría cabo el traslado de José Antonio.

⁷⁰ AGA-Cultura, 1476, donde se encuentran, firmadas por el jefe provincial de sindicatos, las instrucciones enviadas a los distintos jefes provinciales para “la ordenación del cortejo y ritual del relevo”. La información también está en *Arriba*, 15-XI-1939.

hachones con fuego como única iluminación para el cortejo fúnebre⁷¹.

Un día antes de emprender el camino, el 19 de noviembre de 1939, el cuerpo de José Antonio fue llevado por milicias provinciales de Falange desde el cementerio de Santa María hasta la iglesia alicantina de San Nicolás. Allí se levantó la capilla ardiente velada y guardada por el Consejo Nacional falangista en pleno. A primera hora de la mañana habían llegado a Alicante los representantes políticos, militares y falangistas previstos para asistir a los actos funerales. A media mañana, personalidades destacadas de Falange, los ministros Serrano Suñer y Esteban Bilbao y el general Muñoz Grandes, entre otros, visitaron, antes de que el cuerpo de José Antonio fuese depositado en la iglesia donde pasó su última noche en tierras levantinas, la tumba del fundador de la Falange y la celda donde éste había pasado sus últimas horas. Durante aquel día, en todas las iglesias de la ciudad se rezó el rosario anunciado por el toque de campanas. Al llegar la noche, la última que José Antonio permaneció en Alicante, dos grandes hogueras ardieron en lo más alto de los castillos de Santa Bárbara y San Fernando.

La ciudad de Alicante fue especialmente preparada para dar salida a la comitiva que emprendió el camino hasta El Escorial. Desde todo el litoral acudieron barcos con el yugo y las flechas marcados en las velas para “esperar y despedir, con emoción de siempre, a José Antonio”. Cuando el cortejo llegara al mar, todos los barcos tenían instrucciones de desplegar la bandera nacional a media asta. Allí esperaban, preparados para ver pasar a la comitiva, miembros de las organizaciones juveniles y de las milicias con fusiles al hombro. A lo largo de las avenidas centrales y por la carretera que conducía hasta el cementerio donde reposaba José Antonio, se erigieron columnas. En la Plaza de los Luceros se levantó un arco monumental y en la de Calvo Sotelo, haciendo honor al nombre que se le había dado, una inmensa cruz en recuerdo a los caídos.

Por petición de la Jefatura Provincial de Propaganda, los balcones de las casas y los establecimientos lucían banderas nacionales cubiertas con crespones negros y en las que destacaba en rojo el emblema de Falange. Por su parte, los edificios públicos se habían engalanado con banderas nacionales y tapices⁷². Todo estaba preparado en Alicante para recibir a la Junta Política, al Consejo Nacional y

⁷¹ Es importante señalar el carácter simbólico que adopta el fuego en múltiples ceremonias de diversas religiones seculares. A modo de ejemplo, se puede apuntar el uso del fuego que los nazis hicieron en sus fiestas como símbolo del triunfo de la luz frente a la oscuridad y como metáfora de la purificación nacional. A este respecto, se puede ver MOSSE, Georges L., *La nazionalizzazione delle masse. Simbolismo politico e movimenti di massa in Germania dalle guerre napoleoniche al Terzo Reich*, Bologna, Il Mulino, 1975, pp. 47 y ss. También Liebman y Don-Yehiya apuntan la presencia del fuego como símbolo de redención y purificación en las celebraciones del Día de la Independencia de Israel. Ver LIEBMAN, Charles y DON-YEHIYA, Eliezer, *Civil Religion in Israel*, Berkeley, University of California Press, 1983, p. 114. Por su parte, Jesús Casquete estudia la importancia simbólica del fuego en los funerales del nacionalismo vasco radical. Ver CASQUETE, Jesús, “Recordar para ser: martirologio y conmemoración en el nacionalismo vasco radical”, en J. Casquete, *El poder en la calle. Ensayos sobre movimientos sociales y acción colectiva*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales (en prensa).

⁷² La información está en *Arriba*, 17-XI-1939.

a los miembros del gobierno y del ejército que, desde las seis de la mañana, llegaban a la iglesia de San Nicolás para asistir al funeral oficiado por el obispo de Alicante. Y todo estaba preparado, también, para dar el pistoletazo de salida al cortejo que abriría el recorrido de 467 kilómetros que separaban aquella ciudad de El Escorial. Cuando la comitiva salió, el 20 de noviembre, se colocó en Alicante un bloque de cemento con la fecha de partida inscrita, el mismo bloque que también se colocaría en El Escorial para sellar la fecha de llegada del cuerpo de José Antonio.

Ese mismo día –día de luto nacional en el que todos los centros docentes, oficinas públicas y comercios permanecían cerrados por mandato oficial– por toda la España oficialmente enlutada se celebraban los funerales en honor de José Antonio. En Madrid, a las once en punto, todas las iglesias celebraron misa en su recuerdo, llegando a asistir a ellas, según el cálculo oficial, unos doscientos mil madrileños. La más solemne de todas tuvo lugar en la Catedral de San Isidro, donde el obispo Eijo ofició el funeral ante numerosas personalidades⁷³. Los muros de la catedral se habían cubierto con largos terciopelos negros y el interior se había decorado con las banderas nacional y falangista. Una vez terminado el acto religioso, las personalidades públicas asistentes descubrieron una placa con el nombre de José Antonio que quedó colocada en la fachada. En aquella ocasión fue el jefe provincial de Falange, Jaime de Foxá, quien invocó tres veces el nombre del Ausente para ser respondido por los asistentes antes de iniciar el canto de los himnos y el desfile hacia la salida.

Aquel mismo día, el Caudillo recibía por la tarde en Madrid a Foxá y al resto de los mandos provinciales del Movimiento. En la conversación mantenida, Franco recordó a la elite madrileña de Falange cómo en 1808 –la gran fecha fundacional del nacionalismo español⁷⁴– el pueblo de Madrid ya había demostrado heroicamente su amor patrio oponiéndose a que “se truncase la auténtica marcha de España”. Si en aquella ocasión la sangre derramada fue desaprovechada, el Caudillo instaba a la Falange madrileña a mantenerse en pie de guerra y a seguir dispuesta al “sacrificio y a la lucha” con el fin de que la sangre vertida en esta nueva Cruzada que acababa de terminar no fuera caída en vano⁷⁵.

Durante nueve días, el ataúd con los restos de José Antonio recorrió las provincias de Alicante, Albacete, Cuenca y Toledo. Finalmente, la madrugada del

⁷³ Entre los asistentes estaban, entre otros, el ministro de Justicia, Esteban Bilbao, el ministro de Agricultura y Trabajo, el presidente del Tribunal Supremo, el alcalde de Madrid, Alberto Alcocer, el jefe Provincial de Falange, Jaime de Foxá, y altos cargos militares como el gobernador militar Sáenz de Buruaga o Millán Astray. La información del funeral celebrado en la catedral madrileña está en “Los actos de Madrid en memoria de José Antonio”, en *Arriba*, 21-XI-1939.

⁷⁴ Para un análisis de la mitificación que el nacionalismo español –tanto en su vertiente conservadora como en su vertiente liberal– llevó a cabo sobre la llamada Guerra de la Independencia así como su conversión en el mito fundacional del nacionalismo español se pueden ver los trabajos de José Álvarez Junco; entre otros, *ÁLVAREZ JUNCO, José, Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001.

⁷⁵ “El Caudillo recibe a la Falange madrileña”, en *Arriba*, 21-XI-1939.

28 al 29 de noviembre, José Antonio volvió a entrar en Madrid. La llegada de la comitiva a la ciudad fue interpretada como el gran regreso de José Antonio a su tierra natal, la tierra de la que había sido dramáticamente apartado tres años antes para cumplir la pena de cárcel en Alicante. Si ya la propia conquista de Madrid acontecida al final de la guerra había sido interpretada en clave apocalíptica, el regreso de José Antonio se sintió como el gran retorno del fundador a su propia tierra, la tierra que “tras inviernos y veranos, y tras años de lágrimas y de sangre y de luto” le recibía de nuevo para honrarle y glorificarle⁷⁶.

A primera hora de la mañana del 29 de noviembre, la comitiva entró en Aranjuez. Según se acercaba el cortejo a la ciudad, múltiples madrileños y diversas personalidades del gobierno y del ejército se iban sumando a los lugares señalados en el recorrido que atravesaría el cuerpo de José Antonio antes de dirigirse a El Escorial. La mayoría de los balcones de la ciudad estaban adornados: crespones negros, banderas nacional o falangista, ramos de laurel, retratos de José Antonio o inscripciones con el “José Antonio, ¡Presente!” lucían colgados por toda la ciudad. Cumpliendo con la hora prevista, hacia las once de la mañana el cortejo fúnebre llegó a la Plaza de España, el lugar donde se iniciarían los honores oficiales. Previamente, la comitiva se había detenido en la Glorieta de Atocha, donde los miembros del clero entonaron un responso en honor del muerto y se ejecutó una marcha fúnebre. Aquel también fue el lugar en el que se sumó a la comitiva José Finat, el director general de Seguridad.

Desde una hora antes, formados en la calle del Duque de Osuna adyacente a la Plaza de España, esperaban al féretro de José Antonio el gobierno en pleno, la Junta Política, el Consejo Nacional, una representación de todo el ejército, el cuerpo diplomático, las autoridades locales y diversas representaciones civiles. Al recibir el ataúd de José Antonio, el cortejo reemprendió la marcha. A la cabeza de la comitiva iba, en primer lugar, el gobierno. A la misma altura, pero situados detrás, la Junta Política encabezada por Miguel y Pilar Primo de Rivera. Tras la Junta Política, el Consejo Nacional y, tras ellos, el grupo de diversas personalidades asistentes: militares, altos cargos oficiales, representantes de las universidades y de las reales academias, y las autoridades locales. Por último, cerrando el cortejo, caminaban las autoridades provinciales de la Falange madrileña.

Durante todo el trayecto realizado por las calles de Madrid, el ataúd de José Antonio fue transportado a hombros de diversos representantes de los tres ejércitos nacionales. La comitiva avanzó por la calle de la Princesa caminando bajo el manto de flores que caía desde los balcones y acompañada por las gentes que, en absoluto silencio, saludaban con el brazo en alto al cuerpo muerto del fundador de la Falange. El cortejo se dirigió, en primer lugar, a la cárcel Modelo, la cárcel donde José Antonio había sido confinado antes de ser trasladado a Alicante. Allí esperaban, junto a otros mandos provinciales, miembros de la Sección Femenina acompañadas de sus homólogas venidas de la Alemania nazi. A continuación, la comitiva caminó hacia la Ciudad Universitaria, en cuya plaza central se habían levantado dos columnas dóricas adornadas con crespones negros. Alrededor de

⁷⁶ DE ECHARRI, Xavier, “Retorno de José Antonio a Madrid”, en *Arriba*, 29-XI-1939.

ellas, miembros y representantes del SEU –acompañados de un grupo de camisas pardas de las juventudes hitlerianas– esperaban al ataúd para relevar al ejército en el traslado.

Sobre una alfombra de flores arrojada por miembros de la Sección Femenina, se depositó el cuerpo de José Antonio. Alrededor de él, se colocaron, por orden, los miembros del gobierno, del Consejo Nacional y la Junta Política con los dos hermanos del muerto. Allí, la delegación diplomática italiana hizo entrega de la corona de bronce que el *Duce* obsequiaba a José Antonio. Una vez desfilaron ante el féretro las diversas personalidades, los miembros del SEU cargaron al ataúd para emprender de nuevo, entre responsos y cantos de la coral polifónica mallorquina, la marcha hacia la carretera de Puerta de Hierro, flanqueada por completo por miembros y representantes del SEU venidos de toda España.

Hacia las dos de la tarde, la comitiva llegó a la Puerta de Hierro. Allí, la Falange madrileña volvió a cargar el féretro de José Antonio y diversos representantes del gobierno y del ejército que habían permanecido en la Ciudad Universitaria se incorporaron de nuevo a la marcha. Hacia las cuatro, llegaban a la carretera de la Coruña en el cruce con la carretera de Aravaca. Esta vez, junto a las autoridades locales de los pueblos adyacentes, al clero parroquial y a las afiliadas de la Sección Femenina, esperaban a la comitiva representantes de las Flechas y los Pelayos. Dos horas después, el cortejo llegaba al Plantío; a continuación, a Las Rozas y, pasando ya la medianoche, al término municipal de Galapagar, el último antes del destino final. En todos los pueblos por los que pasó el cortejo fúnebre, la comitiva fue recibida por las autoridades locales de los pueblos cercanos, por el clero local y por todas las gentes que quisieron dar su particular adiós al líder de Falange⁷⁷.

Durante toda la madrugada, trenes especiales salidos de toda España fueron llegando a El Escorial. Casi un centenar de hogueras, prendidas a lo largo de los cerros cercanos colindantes y distribuidas por todo el pueblo, iluminaban la madrugada escurialense. Todos los balcones, al igual que en el resto del país, estaban adornados con banderas y crespones. Una inmensa tela negra de quince metros de altura lucía el estampado en blanco con los emblemas imperiales y una corona de laurel. Miembros del Partido portaban mil quinientas banderas nacionales y falangistas alrededor de la basílica y todo el pueblo estaba adornado con las numerosas coronas de flores que habían sido enviadas desde todas las partes del país. A lo largo de la mañana, las personalidades que asistirían al funeral fueron llegando a El Escorial. Pasadas las tres de la tarde, en la puerta principal de la basílica se colocó la compañía de Infantería que habría de rendir honores al jefe de Estado. En ese momento, en medio del silencio reinante, comenzaron a doblar las campanas acompañadas de salvas de cañón.

A las cuatro de la tarde, el cortejo llegó a la verja de la casita del Príncipe, donde esperaba el Consejo Nacional de Falange. La comitiva avanzó en dirección a la entrada posterior sobre una alfombra de flores y entre las representantes de la Sección Femenina escurialense. En la Puerta de la Herrería, esperaban al féretro la

⁷⁷ *Arriba*, 30-XI-1939.

Junta Política encabezada por Serrano Súñer para abrir el paso, junto a los padres agustinos de El Escorial, hacia la puerta principal del monasterio, donde se encontraba el Caudillo acompañado del consejo de ministros. Según avanzaba la comitiva, encabezada en ese momento por Serrano Súñer y Pilar Primo de Rivera, se oían marchas fúnebres y los salmos entonados bajo el ruido de los aviones que sobrevolaban el féretro con el cuerpo muerto de José Antonio. Al llegar frente al Caudillo, vestido especialmente para la ocasión con el uniforme de la Falange, el ministro de la Gobernación le hizo entrega del ataúd. En ese momento, el féretro de José Antonio, acompañado por el redoble de los tambores, las salvas de artillería y los sonos de la música militar, hizo su entrada en el Patio de los Reyes.

Tras el féretro, fueron entrando el Caudillo, el gobierno en pleno y los familiares de José Antonio. Los miembros de la Junta Política entregaron el cuerpo de Primo de Rivera a los miembros de la vieja guardia para que éstos depositaran el ataúd sobre la alfombra negra dispuesta en el centro del templo. Ante él, desfiló Franco, el Gobierno y los jefes militares. Una vez depositado el féretro con los restos de José Antonio, cada uno fue ocupando su sitio: primero, el gobierno; tras él, los familiares; en la parte central, la Junta Política y, algo detrás, el Consejo Nacional. A ambos lados, los altos cargos del Estado y las representaciones del ejército; a continuación, el cuerpo de diplomáticos y, finalmente, sentada en un sillón colocado frente al féretro, Carmen Polo, la mujer del Caudillo.

El coro de monjes y representantes de todas las órdenes religiosas comenzaron a entonar cantos y salmos. Poco después, los focos especialmente colocados para el funeral se encendieron. Todos los presentes se pusieron de pie y permanecieron firmes mientras el ataúd con el cuerpo de José Antonio descendía lentamente hacia el sepulcro en el que permanecería. Cuando el cuerpo del fundador de la Falange llegó hasta el fondo, las luces de la basílica volvieron a apagarse. Mientras seguían escuchándose los cantos de los monjes en la oscuridad, se iniciaron los trabajos para colocar la gran losa de granito que cubriría el sepulcro con la cruz y el nombre de José Antonio esculpidos en ella. Una vez terminada la colocación, los representantes enviados de Italia y Alemania se acercaron al sepulcro para depositar alrededor de él las coronas enviadas por sus líderes respectivos. Acto seguido el Caudillo, con una bandeja de tierra que momentos antes le había sido entregada, se acercó hasta el sepulcro para arrojarla sobre la sepultura. A continuación, Franco pronunció su breve oración:

“José Antonio, símbolo y ejemplo de nuestra juventud. En estos momentos en que te unes a la tierra que tanto amaste, cuando en el horizonte de España alborea el bello resurgir que tú soñaste, repetiré tus palabras ante el primer caído: “que Dios te dé su eterno descanso y a nosotros nos niegue el descanso hasta que sepamos recoger la cosecha que siembra tu muerte”.

A las seis y media de la tarde, al compás de los acordes del himno nacional y ante el desplegar de las banderas, el Caudillo abandonaba el monasterio de El Escorial. Tras el himno nacional, la gente congregada en los alrededores entonó el

Cara al Sol. Poco a poco, todos los asistentes al funeral comenzaron a salir lenta y solemnemente de la basílica⁷⁸.

Consideraciones finales

La larga duración que tuvo el traslado de los restos mortales de José Antonio permitió que toda la prensa del régimen tuviera tiempo suficiente durante aquellos días para dar cabida a toda clase de opiniones, editoriales y testimonios de enviados especiales sobre la significación que había tenido la masiva celebración del entierro del líder de Falange. Casi sin diferencia, tanto la prensa falangista como la católica fueron unánimes en su veredicto final: la ceremonia funeral en honor de José Antonio había simbolizado la muerte y la resurrección (o recuperación, según el tipo de discurso) de la nación española surgida a través del sacrificio de sus héroes y mártires de guerra y materializada en la gloriosa Victoria⁷⁹.

Tal y como se desarrolló el ritual funerario, aquella gran fiesta colectiva del recién instaurado sistema político franquista condensó buena parte de los elementos que ocuparían un lugar relevante en el Nuevo Estado: en primer lugar, la retórica recurrente de los caídos, que encontraba en el mártir José Antonio la simbolización de todos ellos. Así se expresaba el ministro de la Gobernación, considerando que José Antonio era el “símbolo de la pureza heroica de la juventud como él sin ambición ni afán pequeños”. Si el líder muerto condensaba en tanto símbolo el recuerdo y homenaje a todos los demás caídos, llorándole a él en su travesía por España había podido llorar “la madre al hijo y el hermano al hermano y la novia al camarada a quien le bordó la camisa que le sirvió de mortaja”⁸⁰. De todos aquellos muertos surgía victoriosa la Nueva España. Publicando en *Arriba*, Federico Sopena reiteraba el valor fundacional de la sangre de los caídos, concluyendo que “el entierro de un héroe hacía resucitar el fuego ardiente de fundaciones; no se trataba de un dulcificar de líneas rectas ni de un quebrar de verticales ensueños. Era continuar en ritmo sonoro afanes de ascensión y poderío”⁸¹.

En segundo lugar, a lo largo del desarrollo del entierro también quedó clara la jerarquía que presidiría la formación del nuevo régimen. Por encima de todo, el Caudillo, aquel invicto guerrero que, con su espada victoriosa, recogía los frutos sembrados por la sangre de los muertos, a cuyo recuerdo y homenaje se dedicaría con solemne devoción. La ceremonia funeraria celebrada en El Escorial había

⁷⁸ *Arriba*, 1-XII-1939.

⁷⁹ Entre los titulares con los que amaneció el *ABC* del 1-XII-1939 se puede destacar el artículo de Francisco de Cossío titulado “Muerte y resurrección a lo largo de un camino” y la crónica sobre la ceremonia celebrada en El Escorial encabezada por el siguiente titular: “El cadáver de José Antonio sella en el granito de El Escorial su vida de fundador y conductor, como símbolo del sacrificio heroico de la juventud española”, p. 7. Los diversos artículos del diario falangista *Arriba* se irán citando y comentando a continuación.

⁸⁰ SERRANO SUÑER, Ramón, “Que Dios nos niegue el descanso”, en *Arriba*, 1-XII-1939.

⁸¹ SOPEÑA, Federico, “Con un sonar de heroica trompetería”, en *Arriba*, 1-XII-1939.

evidenciado, según la opinión de Antonio Tovar, el inquebrantable mando de Franco: “ante el hecho impresionante del calor popular, del entusiasmo desinteresado y espontáneo”, vividos allí, “ceden las maniobras oscuras y la unidad de mando rotunda e indiscutible de Franco recibe, si cabe, una confirmación en la marcha única de este muerto excepcional, de este fundador de una nueva y ardorosa ambición de España”⁸².

El Caudillo a la cabeza y, a su lado, los tres pilares del régimen: Partido Único, Ejército e Iglesia, todos dispuestos y cumpliendo cada uno con su función particular en el ritualizado funeral. Fuera, en las calles enlutadas de toda España, el lacrimoso pueblo español, unido en el dolor y hermanado en el homenaje a José Antonio. Así se interpretaban las cosas en la retórica oficial: si en todos los rincones del país, “ante su vida sacrificada en Holocausto de España”, las gentes habían podido sentir “la angustia de su muerte y la veneración de su figura” – llegándose a crear “a través de estos caminos de España un hondo clima emocional”⁸³– la celebración y conmemoración de la muerte del Ausente habían sido “la expresión de la unidad que él quería, de la unidad que él nos exigiría a todos” y que había quedado demostrada “en esa inmensa representación de camisas azules de todos los pueblos de España que van a rendirle los póstumos honores”⁸⁴. A través del efecto plástico y visual de las banderas ondulantes y del efecto acústico marcado por el ritmo de los tambores y de los suaves pasos del ataúd que avanzaba hacia su definitivo sepulcro en la basílica de El Escorial, se había logrado “esta unidad de los pueblos de España que hoy resucitó para aleluya triunfal del nunca muerto”⁸⁵.

Representación de la unidad de la Nueva España, por tanto, en común ritualización de los nuevos valores dominantes y regida por la jerarquía de Franco en constante equilibrio entre las diferentes fuerzas confluyentes. Entre unos y otros el régimen franquista, poniéndose en marcha como una particular combinación, aunando en diferentes dosis y en continua readaptación proyectos ideológicos distintos prestos a competir y a recelar los unos de los otros. Durante el desarrollo de la gran fiesta del entierro de José Antonio la forzosa convivencia entre Falange e Iglesia compartiendo espacio ceremonial, difusión de símbolos y control litúrgico se haría evidente. Aquella gran ceremonia efectista y extremadamente programada, plagada de estética fascista a través de la utilización de estímulos visuales y sensoriales, capaz de crear con su eficaz parafernalia un clima de fuerte carga emocional en el que las gentes pudieran vivir la ilusión extática de la solidaridad y la cohesión grupal en el entierro del Profeta⁸⁶, se

⁸² TOVAR, Antonio, “El Escorial, inflamado”, en *ABC*, 1-XII-1939.

⁸³ SERRANO SUÑER, Ramón, “Que Dios nos niegue el descanso”, en *Arriba*, 1-XII-1939.

⁸⁴ *Arriba*, 15-XI-1939.

⁸⁵ SOPENA, Federico, “Con un sonar de heroica trompetería”, en *Arriba*, 1-XII-1939.

⁸⁶ Con respecto a los rituales de masas desarrollados en la Italia fascista, Gentile ha apuntado cómo a través de las grandes ceremonias de masas el mito de la armonía colectiva adquiría realidad en Italia, una conclusión parecida a la señalada por Mosse cuando alude al hecho de cómo las celebraciones de masas y las fiestas públicas del Tercer

desarrolló también en el espacio cerrado de las iglesias, catedrales y basílicas. Los pasos de falangistas portando el ataúd con el cuerpo muerto de José Antonio y los gritos invocándole “presente” se unieron a los constantes susurros de los rezos y de las oraciones.

La marcha funeral del gran Ausente ritualizando a la nación resurgente y al Estado totalitario vivificó, también, a la nación católica y tradicional celebrando la nueva recuperación de su consustancialidad con lo español. La glorificación de José Antonio recorriendo a hombros de camaradas e iluminado por la luz del fuego purificador los caminos de España, se reflejó, igualmente, en las fachadas de las iglesias en las que su nombre prendió entre cruces y rezos funerarios. Aquella gran secuencia ritual para la recién estrenada dictadura en incuestionable unidad puso de manifiesto la conjugación de elementos ideológicos distintos que caracterizaría al nuevo régimen franquista. En esta combinación particular desarrollada por el Caudillo, quedaría claro que el proyecto de religión política falangista exclusivo y totalitario no podría ser. Tendría que limar radicalismos y aprender a convivir con la voraz Iglesia española.

Reich simbolizaban el ideal nazi de la unificación nacional. Ver GENTILE, Emilio, *Il culto del littorio. La sacralizzazione della politica nell'Italia fascista*, Roma-Bari, Laterza, 1993, especialmente el capítulo cuarto. También MOSEE, George L. Mosse, *op. cit.*.